

Reseñas bibliográficas

LILLO REDONET, F., *Fantasmas brujas y magos de Grecia y Roma*, Madrid, Ediciones Evohé, 2013, 174 pp.

Alberto Romero Criado
Universidad de Córdoba



Fernando Lillo, el autor del libro *Fantasmas, brujas y magos de Grecia y Roma*, es un experto en Cine y Antigüedad, en especial, en el género conocido como *peplum* y su aplicación didáctica en el aula. No es de extrañar, por tanto, que entre su bibliografía se encuentren títulos como *El cine de romanos y su aplicación didáctica* y *El cine de tema griego y su aplicación didáctica*. Su vasto conocimiento de la materia le ha

llevado a ser miembro del comité científico del Congreso Internacional Imágenes, ha escrito *Cinematic Receptions of Ancient History, Literature and Myth* (2008). Sin embargo, y como experto en la Antigüedad (es filólogo clásico), sus intereses son más amplios, quedando éstos plasmados en ensayos como *Héroes de Grecia y Roma en la pantalla* (2010), *Gladiadores: Mito y realidad* (2011) o el que nos ocupa, *Fantasmas, brujas y magos de Grecia y Roma* (2013).

La finalidad de *Fantasmas, Brujas y Magos de Grecia y Roma* es hacer comprender al lector las apariciones de criaturas, casas encantadas y otros seres con dotes sobrenaturales en la literatura clásica a través de un recorrido por distintas historias, leyendas, pasajes mitológicos, etc. transmitidas por los autores clásicos. Para cumplir este objetivo, el autor presenta estos relatos clásicos en los siguientes bloques: Fantasmas y apariciones, Criaturas misteriosas, Magos y hechiceros, Magas y hechiceras y, por último, Autores grecolatinos sobre fantasmas, brujas y magos.

En el primer capítulo, «Fantasmas y apariciones», Fernando Lillo hace una exposición de todos los tipos de fantasmas y apariciones que podían presentarse y la razón de su manifestación. Un primer tipo de «daemones», los vengativos, es el de aquellos que se mostraban ante sus asesinos para castigarlos, como en los casos de Pausanias, quien apuñaló a Cleónice pensando que ésta era un intruso; o Nerón, quien aseguraba que su madre le atormentaba en sueños por haberla asesinado. Otra variante de espíritus vengativos es la de los espíritus que volvían para descubrir a sus asesinos. El autor ejemplifica esta variante con Cicerón, quien, en uno de sus escritos, cuenta cómo el espíritu de un amigo se le manifestó mientras dormía para avisarlo de

su muerte y revelar su verdugo, de modo que su crimen no quedara impune.

Un segundo tipo de espíritus son los que vuelven cuando dejan algo inacabado, como le sucedió a uno de los protagonistas de *El aficionado a las mentiras*, de Luciano de Samósata, Éucrates, el cual, tras morir su mujer, incineró su cuerpo con sus más preciadas pertenencias, a excepción de una de las sandalias, pues no la encontró. Por ello, su esposa regresó del más allá para reclamarle este calzado.

Finalmente, el tercer tipo de fantasmas son los que han encontrado la muerte en el combate, de modo que es posible la existencia de campos de batalla encantados, como la llanura de Maratón, donde en la lucha murieron atenienses y otros griegos, o incluso héroes que han fallecido y vuelven para ayudar en la lucha a los ejércitos, caso de Teseo en la batalla contra los persas. Hay autores griegos, por ejemplo Filóstrato, que escriben sobre la presencia de los héroes homéricos alrededor de sus sepulcros y que algunos de ellos han llegado a interactuar con los vivos.

La imagen de la figura del espectro grecolatino quedaría incompleta si tan sólo se describiese su aspecto negativo, es decir, su aparición para atemorizar o reclamar algo. Para completarla, y mostrar su aspecto positivo, Fernando Lillo recoge los casos de fantasmas agradecidos, como le sucedió al poeta Simónides (ca. 556-468), a quien se le presentó el fantasma del cadáver que sepultó. Durante la noche el inhumado le visitó para advertirle de que si zarpaba en el barco al día siguiente, según tenía previsto, fallecería en un naufragio, lo que así ocurrió: al llegar la mañana el navío se hundió.

Además de agradecidos, los fantasmas pueden aparecerse para aconsejar, avisar o profetizar. Ejemplos de ello son los casos del hijo de Príamo, Héctor, en el libro II de la *Eneida*, el cual se presenta en sueños a Eneas durante la noche para alertarle de que la ciudad está perdida y de que huya con los dioses hogareños; así mismo, la esposa del hijo de Anquises, Creúsa, le revela en su somnolencia que será el fundador de una nueva ciudad y que encontrará una nueva reina. En otras ocasiones, las palabras o acciones de los espectros han de ser interpretadas por los vivos, como en el caso de Filemón, quien no supo descifrar la visión nocturna en la que las musas salían de su cuarto porque no podían verlo morir, indicándole con ello su fallecimiento. Tampoco se olvida Fernando Lillo de aquellos espectros que vuelven por haber sido privados del amor. Por ello, hace referencia a los llamados muertos vivientes, sobre los que Flegón de Trales cuenta la historia de una joven que vuelve a la vida en forma corpórea para disfrutar del amor del que la guadaña le privó. Por último, habla de objetos inanimados que son encantados como casas o enseres que se mueven por sí solos.

En el segundo capítulo el autor se adentra en el mundo de las criaturas misteriosas, entre las que destacan Lamia y Empusa, seres mitológicos antropófagos; a la primera se refiere mediante el relato *Metamorfosis* de Antonio Liberal y, a la segunda, por Apolonio de Tiana. El siguiente ser es el licántropo, ya que en la antigüedad se creía que los hombres se podían transformar en lobo o que los espíritus de los muertos se metamorfoseaban en este animal. Explica Fernando Lillo que los griegos localizaban a este ente en Arcadia, de donde provienen las leyendas originarias. Según Pausanias, el origen se encuentra en Licaón, quien se convirtió en lobo tras sacrificar a un neonato de dos meses a Zeus Liceo. Sin embargo, Plinio el Viejo declara que estos cuentos no son más que eso, pero aún así cita las fuentes de quienes tratan estos hechos. Por último, nuestro autor habla de las enigmáticas Estrigas, quienes, según Ovidio en *Fastos*, están emparentadas con las harpías, seres voladores nocturnos que buscan niños sin nodrizas para maltratar sus cuerpos. Al respecto, da testimonio el autor latino de un niño que fue preso de éstas, pero, al sollozar, su nodriza acudió urgentemente, la cual pidió la ayuda de una ninfa tras ver el mal estado en el que la harpía había dejado al bebé. La ninfa le mostró los ritos que debía llevar a cabo: ofrecer el corazón de una cerda de dos meses, intercambiando así la vida del uno por el otro.

En el tercer capítulo, «Magos y Hechiceros», Fernando Lillo introduce la magia grecorromana con un papiro en el que están escritas una serie de preguntas para saber el futuro más inmediato. En caso de que la respuesta no fuese la deseada, se recurría a la magia, con la que se obligaba a dioses o espíritus a actuar como colaboradores para alcanzar los propósitos del mago, el verdadero ejecutor. Para mostrar cómo se podía llegar a ser mago, Luciano, en *El aficionado a las mentiras*, narra que el conjurador ficticio Pánocrates fue iniciado en las artes mágicas en Egipto por la diosa Isis durante tres años en cámaras subterráneas. Lillo da testimonio de las diferentes formas en las que un mago puede obtener los poderes, o bien conociendo el nombre de una divinidad, o bien obligando mediante complejos rituales a un demon, espíritu o ser intermedio, a que se pusiera al servicio del mago actuando como su ayudante. Conseguida la ayuda de estas fuerzas sobrenaturales, podían ser utilizadas de forma benéfica o maléfica. Ambos tipos de magia comparten el rito, la redacción de éste en papiros y el tipo de lenguaje especializado, aunque diferenciado según el fin. El mago realizaba estas prácticas en días adecuados para ellos, los *fastos*, muy ligados al zodíaco. Tras explicar lo esencial para comprender qué es un mago y cómo éste se desenvuelve en el terreno para actuar, el autor del libro ofrece diferentes testimonios de ambos tipos de prácticas mágicas, la buena y la mala: Pitágoras y otros chamanes de la Grecia Antigua, el babilonio hiperbóreo y el egipcio Pánocrates, etc.

En el cuarto capítulo se continúa hablando de las personas que practican la magia, pero en este caso hace referencia sólo al sexo femenino. De este modo, hace un

recurso desde las brujas más antiguas en la literatura hasta las apariciones de éstas en la pantalla. Comienza con Circe y su intervención en la *Odisea* de Homero y cómo ésta ha sido retratada en las producciones fílmicas; tras hablar de la seductora Circe, menciona a la vengativa Medea y su historia desde los *Argonautas* de Apolonio de Rodas hasta la película *Jason and the Argonauts* (D. Chaffey, 1963). Para acabar este apartado el autor habla sobre las «Brujas y Alcahuetas», en especial, su imagen en los poetas romanos, donde Horacio hace una versión satírica y burlesca de las mismas y Ovidio también hace un esbozo del prototipo de alcahueta, que será la que aparezca luego en la literatura posterior como la *Celestina*. En cuanto a las brujas de la novela, los ejemplos más claros se hallan en *El Satiricón* de Petronio y el *Asno de oro* de Apuleyo.

Para concluir el libro, el último capítulo está dedicado a los autores grecolatinos que trataron sobre fantasmas, brujas y magos, en este se agrupan los diferentes autores y el tratamiento acerca de estos seres sobrenaturales.

En mi opinión debo decir que el libro es de gran interés y, sobre todo, ofrece una gran ayuda a todo aquel que quiera comenzar a investigar acerca del tema, pues podría considerarse un manual de búsqueda, ya que Lillo recoge una gran cantidad de referencias a diferentes historias testimoniadas en las citas de lista de autores clásicos sobre las que él ha trabajado durante este libro. Estos autores no pertenecen sólo al mundo clásico, sino hace mención a novelas posteriores como la *Celestina* o, incluso, algunas adaptaciones en el cine y la televisión.

OSUNA CABEZAS, M^a. J., *Góngora vindicado: Soledad primera, ilustrada y defendida*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2009, 406 pp.

Javier Álvarez
Universidad de Córdoba



Desde que a don Luis de Góngora le fue devuelta su condición de autor canónico en el primer tercio del siglo XX, han sido varios y variopintos los expertos en el Siglo de Oro que han consagrado sus desvelos a la reconstrucción de la agria polémica que siguió a la divulgación manuscrita de la «Soledad primera». De Emilio Orozco, Eunice Joiner Gates, Dámaso Alonso, Robert Jammes, Antonio Carreira, Melchora

Romanos y varios otros sigue la senda M. José Osuna Cabezas, de la Universidad de Sevilla, con esta edición anotada de la *Soledad primera ilustrada y defendida*, atribuida a Francisco de Cabrera, ingenio antequerano. La